

Heredades y heroísmos

Jorge Mendoza Romero

La presencia de la Ciudad de México en cada uno de los poemas, relatos y ensayos de *Fundada en el tiempo* sitúa en primer plano el sistema nervioso de la obra de Vicente Quirarte. Esta antología abraza treinta años de caminar la ciudad con los pies del verso y la prosa; exhibe las pasiones, los naufragios y los combates; retrata, también, un singular momento estético de nuestras letras.

Parecería que un puñado de hechos inconexos de 1962 y 1963 se anudaron para formar un circuito de correspondencias en la obra de Quirarte. Tres de ellos fueron protagonizados por dos poetas extranjeros, Ernesto Cardenal y Luis Cernuda, y un personaje de la cultura popular de Estados Unidos, el Hombre Araña. Dos corresponden al ámbito personal en el espacio de la escuela: el recordatorio del centenario de la invasión francesa y las lecciones del tercer grado de primaria.

En 1962 ha madurado el realismo coloquial en México porque durante la década previa Jaime Sabines y Rubén Bonifaz Nuño aligeraron los medios expresivos de la poesía. Esto permitió que un nicaragüense, Ernesto Cardenal, publicara en México sus *Epigramas*, libro definitivo para la poesía hispanoamericana y sin el cual no se explicarían los poemas del primer libro de Vicente Quirarte y que han sido seleccionados para *Fundada en el tiempo*. Con ellos se apropia de la impostergable necesidad estética de hablar de lo que sucede en las calles, con el lenguaje de las calles y de llamar a las cosas por su nombre, sin el rodeo de la metáfora: “Tú eres la culpable / de que no me hagan voltear los *jeans* de esa muchacha, cuyas caderas / provocarían la envidia / de la Plaza de la Constitución”. Síntesis de la reminiscen-

cia de un bolero, de la mujer que abandona el uso de la falda, del encuentro de Dante y Beatriz, de Borges y Beatriz Viterbo, estos versos aprehenden un instante de la década de 1970.

El 5 de noviembre de 1963 murió en México Luis Cernuda. Antes de llegar a nuestro país, el poeta andaluz vivió en Inglaterra y Estados Unidos. Gracias a su contacto con la lengua inglesa, dos corrientes llevaron la tradición del monólogo dramático hacia la tradición hispánica. Además de Cernuda, el otro afluente emana del Río de la Plata, desde donde un argentino, luego de un largo silencio de treinta años, publicó en 1961 otro libro de poemas, *El hacedor*. Vicente Quirarte ha cultivado, como pocos en México, el monólogo dramático, y dos de los más bellos son “César Rodríguez Chicharro vuelve a casa” y “Última noche en Coyoacán”, la última noche de Luis Cernuda, en donde presta voz a los emigrados españoles en su exilio mexicano. Si los monólogos dramáticos de Rosario Castellanos, Eduardo Lizalde y Francisco Hernández suelen ser estáticos, Vicente Quirarte les infunde el movimiento de la caminata, a la manera de Pacheco.

La muerte de Luis Cernuda provocó una enorme cantidad de recordaciones en todo el orbe hispánico. Una de ellas, salida de la pluma de su compatriota Jaime Gil de Biedma, es la llave hermenéutica para entender la singularidad de la aventura estética de Vicente Quirarte. Para analizar la obra de Luis Cernuda, Biedma se sirvió de una idea sobre la identidad del sujeto poético, ese ego experimental dibujado en la página que nos permite extender nuestro entendimiento del mundo.

Según Biedma, todo poema moderno es la adscripción o el rechazo de uno de dos polos identitarios: el hijo de Dios y el hijo de vecino. Todos, en varios momentos de nuestra vida, hemos sentido que somos únicos o que somos un cualquiera, uno entre tantos. Cernuda, considera Biedma, siempre se asumió hijo de Dios. En el proceso de secularización similar al de Occidente, la poesía ha trasladado a una zona periférica de su discurso la presencia de Dios. Si los poetas ligados a alguna de las ramas del Romanticismo, se concibieron, en general, como “Pararrayos celeste” o “pequeño Dios”, a partir del segundo tercio del siglo pasado, el devenir de la poesía dio un giro hacia su condición vecinal y los versos se poblaron de los hombres sin atributos en una sociedad masificada.

Sin embargo, la lectura de la obra de Quirarte no depara la experiencia que provocan esos egos experimentales. Hay, más bien, una experiencia del lenguaje y del mundo signada por la levedad. Empecé a leerlo a principios de la década anterior y siempre que terminaba un poema o un ensayo lograba aprehender esa experiencia de levedad. No obstante, lo que me llevó más años comprender fue el origen de esa sensación. Me refiero a la levedad de la que habla Italo Calvino: aligeramiento del lenguaje o la imagen figurada de la levedad.

Si los egos experimentales urdidos por Quirarte no son hijos de Dios ni hijos de vecino, la elección del Hombre Araña —cuya primera aparición en México quedó registrada en agosto de 1963— a modo de emblema de su obra nos despeja el horizonte. En *Fundada en el tiempo*, repartidos en cada una de las secciones, aparecen el poema “*Spider-Man Blues*” y los ensayos “La muerte del superhéroe” y “Aven-



turas para el Hombre Araña”. Además ha publicado poemas bajo títulos similares “Condición del héroe” o el libro de ensayo histórico *Vergüenza de los héroes*, sobre la guerra entre México y Estados Unidos. Ni hijos de Dios ni hijos de vecino, y en esto radica la gran singularidad de la obra de Quirarte en el concierto de la literatura en México, sus egos experimentales —las voces que hablan en sus poemas, relatos y ensayos— se consideran hijos de héroes. Su elección del Hombre Araña implica también la elección del héroe débil, más próximo al hijo de vecino que somos todos. El héroe que enfrenta las deudas, los conflictos del trabajo, el abandono de la pareja, la violencia estructural que nos oprime.

Esta fuente identitaria del discurso explica sus preferencias léxicas, la construcción de su sintaxis, la concepción de nuestro tránsito en la tierra a la manera de un combate y el tono admirativo de muchos de sus textos, señalados desde los títulos de sus libros: *Teatro sobre el viento armado*, *Ven-*

cer a la blancura, *Elogio de la calle*, *Elogio del vampiro*, *Nuevos viajes extraordinarios*, *Morir todos los días*, *Amor de ciudad grande* o *La Invencible*. Para el hijo del héroe, las cosas muestran su rostro sublime, engrandecido. El hijo del héroe sólo habla de lo que le fascina, no de lo que le disgusta. El hijo del héroe busca las epifanías en medio del caos de la ciudad postapocalíptica.

Por esta razón la vida es combate y, por ende, movimiento. Los ensayos de *Enseñanzas para sobrevivir en la ciudad*—uno de los mejores libros de ensayo literario del último cuarto de nuestro siglo xx— trazan la épica mínima de los peatones, los lectores, los poetas, los fotógrafos, figuras que, desde la caminata, viven la ciudad y se entregan a prácticas de resistencia. El lado oscuro de todos ellos es la melancolía. Por eso el hijo del héroe precisa del desplazamiento. Caminar para aligerar el peso del espíritu. De la recreación de esta práctica brotan textos memorables donde Quirarte esgrime la pluma del fabulador.

Imagina las caminatas de Ramón López Velarde o una magnífica posibilidad sobre el destino de Rimbaud en México.

Si en *Espejo Salvador Novo* condena a su maestro de primaria porque le derribó a uno de sus ídolos, el poeta de “Fusiles y muñecas”, Vicente Quirarte no olvida a la maestra de tercer grado que en un día de 1963 le pidió llevar una pluma fuente y un tintero. Este acto inaugural, que puso en contacto a un niño con la magia de la escritura, fue paralelo al aniversario de los cien años en que un puñado de hombres de letras defendió, al lado de su pueblo, el país de Juárez, el país de la Reforma. Ese niño que reconoció el honor del peligro y la grandeza de imitar a los héroes, al cumplir sesenta años se ha convertido en uno de nuestros mayores hombres de letras. Leer *Fundada en el tiempo* es atestiguar la épica mínima de su autor y la posibilidad de identificarnos con ella en una última visita a la heroicidad extraviada de nuestros tiempos. **U**